

Recordando a Dorothy y a Edward*

Sheila Rowbotham

University of Manchester

En una ocasión Edward Thompson me dijo que yo me acercaba a las ideas de lado, como un cangrejo. Así que decidí que iba a hacer un esfuerzo especial en esta conferencia, «Recordando a Dorothy y a Edward», empezando por resumir lo más directamente que pueda cómo el pensamiento de ellos me ha afectado.

Mis recuerdos de Edward tienen que empezar con su dinámico enfoque de los movimientos populares, tan evidente en *La Formación de la Clase Obrera Inglesa* y, por supuesto, con su rechazo de la «clase» como un conjunto de categorías sociales estáticas que han tenido una profunda resonancia. En los primeros años sesenta se lamentaba conmigo de la imposibilidad final de esta historia en movimiento. Comparando el pasado con una película, dijo que mientras las imágenes se están moviendo lo que está sucediendo no puede tomar forma. Sin embargo, en cuanto congelas el fotograma se produce una distorsión porque ya no están en movimiento. Por lo tanto, nunca puedes tener el todo. Esto expresa exactamente lo que yo siento cuando escribo historia. La sensación de intentar captar el movimiento de la conciencia de los individuos y de los grupos es algo que nunca ha dejado de fascinarme. Edward es el gran ejemplo de

esto. Su biografía de William Morris, su ensayo «Homenaje a Tom Maguire» y por descontado, la épica *La Formación de la Clase Obrera Inglesa*, todos se interesan por cómo cambian las perspectivas de los individuos y los grupos^[1].

Ir detrás de la conciencia es una empresa agotadora y escurridiza y nuestra capacidad para comprender como sucede esto es siempre una estimación aproximada. La gran habilidad de Edward residía en reducir la búsqueda a los puntos más finos en un esfuerzo por acercarse lo más posible. Siempre trabajaba así de escrupulosamente; se reía una vez recordando la ira que provocó en su mentora en el Partido Comunista, la historiadora del trabajo Dona Torr, porque había usado una cita de segunda mano en lugar de comprobarla en las fuentes. Y creo que esa es la clase de historia que siempre he aspirado a hacer gracias a la influencia que él ha tenido en mí.

Admiro también su manera de escribir sobre las ideas del pasado. En un artículo en *Dissent* sobre el historiador norteamericano Herbert G. Gutman en 1988 describía a Gutman como «peleándose» con su

* Sheila Rowbotham, «Remembering Dorothy and Edward», Conferencia en The Perdiswell Young People's Leisure Club, Worcester, 2012 [www.pastpixels.co.uk]. Traducción de Antonia Tato Fontaiña

1.- E. P. Thompson, *William Morris: Romantic to Revolutionary*, Londres, Lawrence & Wishart, 1955; E. P. Thompson, «Homage to Tom Maguire», en Asa Briggs & John Saville (eds.), *Essays in Labour History*, Londres, Macmillan, 1960, pp. 277-278; E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, Penguin, 1963.

material^[2]. Creo que también es una buena imagen para los propios escritos de Edward —de verdad que lucha con su material—. Por supuesto que él tenía un estilo brillante, que podía ser extremadamente divertido e irónico, introduciendo metáforas y símiles maliciosamente; todos esos extraños animales, ballenas y buitres que se trae como aliados. ¡Semejantes criaturas no suelen encontrarse normalmente en trabajos académicos!

Al recordar a Dorothy, pienso en su profundo compromiso con las personas. A la hora de analizar a la gente del pasado, Dorothy era firmemente imparcial y realmente intentaba entender a aquellos cuyos puntos de vista fueran diferentes de los suyos propios —un enfoque que aplicó ¡incluso a la realeza en su libro sobre la Reina Victoria!—^[3] Detalló con igual atención las influencias específicas de las bases del radicalismo y el cartismo al principio del siglo XIX^[4]. Respetaba a los activistas locales y a los intelectuales orgánicos que eran fundamentales dentro de determinadas comunidades de la clase trabajadora y se negó a descartar a las personas que podrían ser consideradas insignificantes cuando en 1964 empecé una tesis sobre la participación de la clase trabajadora en un movimiento de educación para adultos que se llamó University Extension^[5].

2.- E. P. Thompson, «The Mind of an Historian», reseña de Herbert G. Gutman, *Power and Culture: Essays on the American Working Class*, Nueva York, Pantheon, 1987, en *Dissent*, Fall, Vol. 35, 4 (1988), pp. 493-496.

3.- Dorothy Thompson, *Queen Victoria: Gender and Power*, Londres, Virago Press, 1990.

4.- Dorothy Thompson, *The Chartists: popular politics in the Industrial Revolution*, Londres, Temple Smith, 1984; Dorothy Thompson, *Outsiders: Class, Gender and Nation*, Londres, Verso, 1993.

5.- Véase Sheila Rowbotham, «Travellers in a Strange Country: Responses of Working-Class Students to the University Extension Movement 1873-1910», *History Workshop Journal*, 12 (1981); reimpreso en Sheila Rowbotham,

Rechazaba aceptar conocimientos recibidos, insistiendo siempre en la necesidad de examinar los datos originales tanto en el caso de las personas como en las formas de acción. Esto la llevó a estar siempre abierta a diferentes tipos de actividad, como las colonias de tierra cartistas que habían sido descartadas como utópicas por la primera ola de historiadores del trabajo. También la capacitaba para reconocer la importancia del simbolismo visual y de los rituales de rebeldía que formaban parte del mundo interior del movimiento. Así fue capaz de demostrar que las mujeres tuvieron un papel relevante dentro del primer radicalismo y del cartismo, en acciones multitudinarias, celebrando cenas de pastel de patatas, poniéndole a los niños nombres de héroes cartistas —especialmente los de aquellos que simpatizaban con los derechos de la mujer—^[6].

Al igual que Edward, Dorothy no pensaba en la historia del trabajo siguiendo las vías ya marcadas previamente. Su escritura, a diferencia por supuesto de la de Edward, no tenía todas sus metáforas y florituras, giros y vueltas. Por el contrario, se distinguía por su claridad. Poseía el valioso talento de expresar lo complejo en un lenguaje de profunda sencillez, desenmarañando perspectivas históricas confusas que podían hacer dudar a los lectores. En 1989 escribió un pequeño panfleto titulado *British Women in the Nineteenth Century* para la Historical Association. Era un tema de una extensión imposible, pero Dorothy, con su habitual claridad y erudición, navega airozamente a través de las diferencias de clase y género, además de antiguas disputas de historiadores. Es exactamente lo que a una

Dreams and Dilemmas: Collected Writings, Londres, Virago, 1983.

6.- Ver Dorothy Thompson, *The Chartists: popular politics in the Industrial Revolution*, Londres, Temple Smith, 1984; Dorothy Thompson, *Outsiders: Class, Gender and Nation*, Londres, Verso, 1993.



E. P. Thompson y Raphael Samuel a mediados de la década de 1950 en Carlisle Street, lugar emblemático de la Nueva Izquierda, Soho Square (Fotografía de Jean McCrindle).

le gustaría darle a alguien como introducción, sin embargo, también contiene ideas para los mejor informados. Su gran don era ser capaz de escribir para ambos públicos al mismo tiempo^[7].

Dorothy y Edward compartían una fiera desconfianza hacia las imposiciones arrogantes e irreflexivas de los valores y supuestos de la élite intelectual literaria sobre las gentes del pasado y, de hecho, del presente. Esto iba unido al respeto por «el conocimiento a través de la práctica». Edward describe cómo, cuando estaba enseñando historia de la minería en un curso de la Workers' Educational Association, uno de los alumnos, que era minero, lo interrumpió con exasperación contenida, «deme la tiza, Sr. Thompson», y procedió a dibujar en el encerado una serie de intrincados diagrá-

mas que mostraban los complejos cambios producidos en las minas a lo largo de los años. Dorothy, reflexionando sobre la historia del trabajo, me comentó que no concebía escribir sobre historia y movimientos sociales sin haber participado activamente en ellos, puesto que eso supondría que dejarías de ver y comprender muchas cosas.

Los dos tenían también un gran oído para el lenguaje utilizado por los trabajadores, lo cual hace que el pasado cobre vida cuando escriben. En su ensayo sobre Rough Music, Edward cita a una mujer llamada Betty Beaman. La obligaron a cubrirse con una sábana blanca en la iglesia por haber concebido un hijo antes del matrimonio. Y ella dijo:

«[...] estar allí de pie con aquella sábana blanca se llevó algo de mi que nunca volverá. El espíritu me abandonó; y desde entonces, aunque como con regularidad, de

7.- Ver Dorothy Thompson, *British Women in the Nineteenth Century*, Londres, The Historical Association, 1989

alguna manera vivo en la desolación»^[8].

La empatía con aquellos que son considerados como objetos de desprecio está siempre presente en la manera de escribir de Edward. Él siempre está del lado de los que han sufrido esa humillación. Y también capta la ironía y el humor. En «Homenaje a Tom Maguire», cita una poesía del activista socialista Tom Maguire sobre una bella y desafiante joven que se niega a afiliarse al sindicato de trabajadores del textil. El pobre Tom Maguire muy consciente de la influencia de la «Duquesa del Número Tres», escribió con humor:

«Dicen que aparto a las otras chicas
Que claro que trabajan por su pan y su té;
¡Pero gracias! Inglaterra es libre,
¡Je, je!
Haré lo que quiera mientras me atreva,
Lo que es justo para mí asunto mío es
Y de todos modos me complaceré, ¡así que
ya ves!
Dice la Duquesa del Número Tres.

Y las chicas del Departamento Número Tres
Le copian el sombrero y el corte de pelo.
Un espectáculo que commueve ver,
¡Ay pobre de mí!
Su más mínima palabra es ley sagrada,
Le hacen los recados y aguantan sus enfados
contentas de no hallar ni falta ni revés

8.- E. P. Thompson, «Rough Music», en Id. *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture*, Londres, Merlin Press, 1991, pp.502-3 [N. de la T- Las palabras de Betty Beaman tal como Thompson las recoge, en su propia habla, con la sintaxis simple, la pronunciación y contracciones propias de la clase trabajadora, transmiten con fuerza la sencillez y honestidad de la mujer a la vez que su sufrimiento ante la humillación y la pérdida de su dignidad, «standing up in that there white sheet a took something out of me that'll never come back. The spirit left me; and ever sin'; though I can eat my wittles regler, somehow I 'ave a-lived like in the dust»].

En la Duquesa del Número Tres»^[9].

Cuando fui por primera vez a casa de los Thompson, con 19 años, estuve leyendo sobre Tom Maguire y me di cuenta de que la ciudad de la que yo procedía, Leeds, tenía una historia socialista. Fue una revelación, este otro Leeds, porque yo me crié en una familia muy conservadora. Me enamoré de Tom Maguire, que murió a causa de la bebida, la pobreza y la desesperación ante las escisiones de los grupos socialistas de la década de 1890. Él quería un cambio interior, una transformación personal, no gentes que usaban las ideas socialistas solo como un envoltorio. Los trabajos de Edward sobre él, y sobre William Morris, me iniciaron en las corrientes libertarias del socialismo. Ellas han seguido inspirando mi política y mi enfoque de la historia, incluida, por supuesto, la historia de las mujeres que surgía a principios de los años setenta. Mis principales intereses han sido los movimientos sociales y políticos emancipadores y la relación entre feminismo, socialismo y anarquismo.

Mucho antes de que el término «interseccionalidad» se acuñara, la conciencia de la naturaleza simbólica de la rebeldía de clase y género es evidente en la colaboración de Dorothy titulada «Women and Nineteenth Century Radical Politics» (Las Mujeres y las Políticas radicales del siglo XIX) en *The Rights and Wrongs of Women* (1976) de Ann Oakley y Juliet Mitchell. Relata como «Owd Nancy Clayton» una de los varios cientos de manifestantes que resultaron heridos en la masacre de «Peterloo» en St Peter's Fields, Manchester, mientras exigían la reforma parlamentaria en 1819,

9.- E. P. Thompson, «Homage to Tom Maguire», en Asa Briggs & John Saville (eds.), *Essays in Labour History*, Londres, Macmillan, 1960. Tom Maguire, «Machine Room Chants», en *The Labour Leader*, Glasgow: Literature Society Ltd, 1895. [<http://www.keele.ac.uk/history/currentundergraduates/tltp/WOMEN/HANNAM/TEXT/HAN9III.HTM>]

para conmemorar la fecha solía colgar una bandera que se había hecho de la enagua negra que llevaba ese día. Durante el movimiento cartista en 1838, cuando el nuevo Gorro frigio de la Libertad se izó junto a la enagua, las autoridades decidieron que eso era delito de subversión y enviaron agentes especiales a confiscar ambos emblemas de disidencia. Encontraron la bandera debajo de la cama de Nancy Clayton pero el Gorro de la Libertad no aparecía por ninguna parte y no tenían ni idea de donde podría estar. Mucho más tarde sería la amiga de Nancy Clayton, Riah Witty, quien explicaría el misterio al Jefe de Policía: «sabíamos que no lo encontraríais; estaba donde nunca te atreverías a ir a buscarlo»^[10]. Las mujeres habían utilizado el espacio sagrado desafiando al Estado.

La sensibilidad de Dorothy hacia *la manera* en que las ideas se presentaban es también evidente en los documentos que recoge de los cartistas. Este es un ejemplo esclarecedor de 1839 cuando la Unión Política Femenina de Newcastle upon Tyne dice:

«Llevamos años luchando por tener nuestras casas confortables, tal y como nuestros corazones nos decían que debíamos hacerlo para recibir a nuestros maridos después de sus agotadoras jornadas. Los años han ido pasando y aún hoy no tenemos esperanzas de que nuestros deseos se realicen, nuestros maridos están sobreexplotados, nuestras casas a medio amueblar, nuestras familias mal alimentadas y nuestros hijos privados de educación —el temor a la miseria pende sobre nuestras cabezas, el desprecio de los ricos nos señala; la marca de

10.- Riah Witty citada en Dorothy Thompson, «19th Century Radical Politics; a Lost Dimension», en Ann Oakley y Juliet Mitchell (eds), *The Rights and Wrongs of Women*, Londres, Penguin, 1976, p. 121 [online at <http://www.keele.ac.uk/history/currentundergraduates/tltp/SUFRAGE/DOCUMENT/THOMPWOA.HTM>

la esclavitud la llevamos en la sangre y sentimos en nuestra carne la degradación»^[11].

Dorothy no solo escucha *cómo* se expresan los agravios, toma las ideas expresadas por un grupo al que con frecuencia se les niega que hayan tenido pensamiento alguno. Las mujeres afirmaron rotundamente que fue la relación con los suyos lo que las llevó a tomar parte en la acción. Además, cuando volvió a las fuentes originales descubrió que las mujeres desempeñaron un papel vital en la resistencia de la clase trabajadora. Examinar lo que las mujeres cartistas estaban haciendo la llevó a cambiar su perspectiva no simplemente en lo que respecta a su participación sino también en la naturaleza del movimiento en su conjunto. También la integridad histórica de Dorothy al interpretar las evidencias aporta una visión más amplia para la comprensión de los movimientos sociales. He recordado esa cita de las mujeres de Newcastle upon Tyne muchas veces al reflexionar sobre los movimientos de mujeres que han partido no de un sentido individual de los derechos sino de un sentimiento de conexión y responsabilidad para con los miembros de la familia. Están, por ejemplo, las North American Women's Auxiliaries, que apoyaron las huelgas durante todo el siglo XX, así como el Women's Support Group durante la huelga de los mineros británicos de 1984. Y en décadas recientes se han desarrollado movimientos poderosos de mujeres pobres en América Latina, África y Asia^[12].

11.- «Address of the Female Political Union of Newcastle upon Tyne to their Fellow Countrywomen» (1839), en Dorothy Thompson, *The Early Chartists*, Londres, Macmillan, 1971, p.129

12.- Para un informe de cómo su estudio sobre las mujeres cartistas cambió su punto de vista, Dorothy Thompson, *Outsiders: Class, Gender and Nation*, Londres, Verso, 1993. Para una visión general de una serie de movimientos de mujeres, ver Sheila Rowbotham, *Women in Movement: Feminism and Social Action*, Nueva York, Routledge, 1992 y 2013).



Edward P. y Dorothy Thompson (National Portrait Gallery).

Dorothy pone siempre cuidado en mantener un equilibrio entre el sentido del derecho a través de las conexiones de parentesco, comunidad y clase social y la aparición de ideas de derechos individuales, mostrando cómo ambos están presentes en el cartismo. Las palabras de la Asociación de Derechos de la Mujer de Sheffield en una carta firmada por Obadiah Higginbotham en 1851, todavía son válidas, «La voz de la mujer no es suficientemente escuchada ni suficientemente respetada en este país»^[13]. El interés de Dorothy por los aspectos específicos de la radicalización de las mujeres en el movimiento cartista se extiende así a más amplias consideraciones de cómo diferentes corrientes del pensamiento políti-

co y social pueden darse dentro del mismo movimiento histórico, tanto la conexión con los demás como el sentido individual del derecho a la auto-expresión, política y culturalmente.

Ni Dorothy ni Edward estaban seguros sobre cuál de los dos inventó la famosa frase sobre «la enorme condescendencia de la posteridad», que aparece en *La Formación de la clase Obrera Inglesa*, aunque Edward creía que había sido Dorothy^[14]. Pero como historiadores ambos estaban comprometidos en darles voz a los que habían sido silenciados y despreciados cuando deberían haber sido escuchados. Y esto suponía no solo un enfrentamiento con la derecha, que los despreciaba, sino también con la izquierda. En un ensayo que apareció en *Peace News* en 1963 sobre el sociólogo estadounidense C. Wright Mills, que más tarde se volvería

13.- Obadiah Higginbotham citado en Dorothy Thompson, «19th Century Radical Politics; a Lost Dimension», en Ann Oakley y Juliet Mitchell (eds), *The Rights and Wrongs of Women*, Londres, Penguin, 1976, p. 121 [<http://www.keele.ac.uk/history/currentundergraduates/tltp/SUFFRAGE/DOCUMENT/THOMPWOA.HTM>]

14.- E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, Penguin, 1963, p. 13.

a publicar en la revista de la nueva izquierda americana, *Radical America* en 1979, Edward sostiene que la teoría podía congelar las percepciones internas. En cambio, reflexiona en cómo Mills trató de liberar «las reservas de experiencia y sensibilidad encerradas dentro de las formas doctrinales» del marxismo^[15]. Cuando yo era estudiante los dos me repetían «te encantaría conocer a C. Wright Mills: andaba en motocicleta y usaba una cazadora de cuero negra a sus cincuenta años siendo un intelectual». Y yo pensaba «suena un poco extraño». Más adelante me daría cuenta de lo inspiradora que había sido la figura de Mills en el movimiento radical estudiantil estadounidense de los años sesenta. Él les urgía a que no aceptaran dogmas y a que buscaran comprender el mundo a su alrededor.

En su ensayo de 1988 sobre su colega historiador Herbert Gutman, Edward vuelve sobre el modo en que las teorías rígidas pueden actuar como cierres. Al describir cómo Gutman plantea las cuestiones del pasado como un anti-método, explica: «Cuando hablo de anti-método no me refiero a falta de preocupación teórica o de coherencia». Creo que esto bien merece subrayarse, ya que a menudo se dice de forma ligera e irreflexiva que a Edward no le interesaba la «teoría». Por el contrario, es absolutamente explícito al explicar: «Me refiero, más bien, a la resistencia a los cierres conceptuales y a la cosificación de los hallazgos en los sistemas»^[16]. A lo que se oponía era a la «reificación de los hallazgos en sistemas», al encapsulamiento y cierre del proceso de pensamiento, no a la teorización. *The Poverty of Theory* fue una

protesta contra el marxismo de Althusser, en el que Edward detectó precisamente ese tipo de enclaustramiento. Edward ha sido malinterpretado tan a menudo, de hecho, yo diría que intencionadamente distorsionado, que es necesario insistir en este punto. En *The Poverty of Theory* sostiene que la teoría nunca carece de experiencia, como tampoco la experiencia humana carece de cultura. Para Edward no existía una división completamente clara entre ambas^[17]. Esta es la perspectiva teórica que impregna su enfoque de la historia. No es de extrañar por tanto que le molestara la acusación de que sólo le interesaba la cultura, cuando siempre había tenido tanto cuidado en interconectar la vida material y la cultura, la existencia y el ser.

En 1968 pronunció una conferencia en Leeds, «Educación y Experiencia», basada en su trabajo en educación para adultos. Escribe con verdadero sentimiento contra la forma en que se desestimó la comprensión por parte de la clase trabajadora de sus propias experiencias, pero, por otra parte, es plenamente consciente de los peligros de un repliegue complaciente en el conocimiento experiencial porque no se puede ir más allá de lo vivido, lo único que se hace con eso es reiterar la propia experiencia^[18]. Conseguir un equilibrio entre el rigor intelectual y el respeto por la experiencia siempre es difícil, pero creo que es vital no sólo en relación con el movimiento de la clase obrera sino también con otros movimientos en favor de la emancipación de las personas que han estado subordinadas. Con frecuencia a los oprimidos se les permite la emoción mientras que la razón

15.- E. P. Thompson, «C. Wright Mills: The Responsible Craftsman», *Radical America* vol.13, 4 (1979), p72, reimpresso de *Peace News*, 22-29 (1963).

16.- E. P. Thompson, «The Mind of an Historian» reseña de Herbert G. Gutman, *Power and Culture: Essays on the American Working Class*, Nueva York, Pantheon, 1987, en *Dissent*, Fall, Vol. 35, 4 (1988), p.494.

17.- E.P. Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Merlin Press, 1978.

18.- E.P. Thompson, *Education and Experience*, Leeds, Fifth Mansbridge Memorial Lecture, (Pamphlet) - Leeds University Press, 1968, reimpresso en: E.P. Thompson, *The Romantics: England in Revolution*, Londres, Merlin Press, 1997.

se la quedan los que dominan, de forma que el corazón se les da a las mujeres trabajadoras mientras que la cabeza es para el hombre de clase media alta. Edward se oponía a esta tendencia a dividir las formas de entendimiento, él quería que se desarrollase una nueva combinación dentro de los movimientos de resistencia.

Tanto él como Dorothy compartían ese deseo de buscar un equilibrio entre empatía e intelecto en su propia erudición y en su política. Un ejemplo notable es *Whigs and Hunters* de Edward que examina la rebelión popular y el papel de la ley en el siglo XVIII^[19]; es evidente también en su polémico panfleto *The Secret State*, publicado por State Research en 1978. Al tratar sobre los peligros de la usurpación de la libertad individual por parte del Estado, afirma «tenemos que recuperar el valor de la indignación»^[20]. Esto es directamente aplicable a nuestra situación actual.

A medida que voy envejeciendo me doy cuenta del papel tan importante que ha desempeñado el azar en mi vida. Fue sin duda una oportunidad excelente la que me llevó a conocer a Dorothy y Edward. Tenía 19 años y cursaba el segundo año en la Universidad de Oxford. Me habían enviado a estudiar con el célebre historiador de la Revolución Francesa Richard Cobb, que por aquel entonces impartía clases en el Balliol College. Yo había sido una estudiante difícil en St. Hilda's, más interesada en la Sociedad Dramática de la Universidad que en los aspectos legales del feudalismo o el latín medieval. Creo que los profesores de St. Hilda's estaban haciendo un experimento cuando me mandaron con Richard Cobb, un historiador increíblemente brillante y totalmente excéntrico. Era un hombre fla-

co, imprevisible y divertido con una pasión insaciable por el alcohol. Desde el punto de vista de mis 19 años me parecía una figura de edad provecta, pero de hecho, tenía unos 40 años.

Un día, Richard murmuró que debería visitar a unos amigos suyos de Halifax y comentó que siempre estaban escribiendo sobre los cartistas. Bueno, yo venía de un suburbio de Leeds llamado Roundhay, era frondoso y tranquilo y muy aburrido. Soñía pasar mucho tiempo en la biblioteca de Leeds, pero eso tenía sus límites, así que me parecía una buena idea ir a cualquier sitio. Pero no estaba acostumbrada a telefonear a gente que no conocía y me sentía algo cohibida cuando llamé a los Thompson. Sin saber que estaba a punto de conocer a unos amigos para toda la vida, subí la colina hasta su casa y me recibió una hospitalaria Dorothy con jersey negro de cuello alto y pantalones, un aspecto muy distinto al de las mujeres que conocía mi madre. Eran los primeros años sesenta y esas eran prendas «intelectuales». Se escabulló para llamar a Edward al estudio, donde se había escondido; habían oído mi voz nerviosa al teléfono y decidieron que seguramente Richard me había seducido, que estaba embarazada y que venía a contarles mis penas. Esta hipótesis de seducción me resultaba inconcebible y totalmente ridícula porque, por lo que a mí respecta, Richard, a sus cuarenta años era una especie de sabio ancestral.

Fui muchas veces después de esa; los Thompson eran realmente extraordinarios en su amabilidad, a pesar de que ambos estaban muy ocupados. Tenían sus trabajos, sus escritos y tres hijos, y sin embargo eran indefectiblemente hospitalarios. Siempre me ha maravillado esta disponibilidad para con una joven desorientada que era alumna de otra persona. Yo no era ni de lejos la única: muchos otros habían experimentado esta atención. Se convirtió en una lección

19.- E.P. Thompson, *Whigs and Hunters: The Origin of the Black Act*, Londres, Allen Lane, 1975.

20.- E.P. Thompson, *The Secret State*, Londres, State Research, 1978.



Sheila Rowbotham y Dorothy Thompson, en casa de los Thompson en abril de 1968
(Foto cedida por Sheila Rowbotham).

de vida crucial para mí, aunque no creo haber estado a la altura de su compromiso con los demás, que implicaba tanta entrega de tiempo y alimento intelectual. Hasta cierto punto esta era una característica de su generación de intelectuales de izquierdas, pero los Thompson lo hicieron en un grado realmente extraordinario.

Cuando volví a la universidad, Edward siguió escribiéndome para aconsejarme en lo que a menudo fue una carrera universitaria bastante irregular. Edward estaba entonces escribiendo *La Formación de la Clase Obrera Inglesa* y me dio las pruebas para que las leyera. Fue algo sorprendente, dado que yo no sabía prácticamente nada de historia del trabajo. Evidentemente, sí le comenté cuánto me gustaba leer sobre tantas mujeres; estaba la intelectual radical Anna Wheeler, la encajera Susannah Wright, con-

denada a diez semanas de prisión en Newgate por blasfemia en 1822, la ilusa profetisa Joanna Southcott, todo ello en una época en la que apenas se encontraban mujeres en los libros de historia. Hablé con Edward unos días antes de que muriera, por teléfono, y me dijo que se había sentido culpable cuando le hice este comentario, que yo ya había olvidado por completo, y me dijo que él sabía que había muchas menos mujeres en las secciones siguientes. Mi comentario fue un destello puramente emocional de reconocimiento, ya que, aunque me identificaba con las mujeres rebeldes sobre las que había leído en el pasado, yo no tenía conciencia feminista a mediados de los años sesenta. Posteriormente se ha criticado a Edward por no hablar de género en *The Making*, pero eso es ignorar la ausencia cultural de las mujeres imperante a finales

de los años cincuenta y principios de los setenta. Al fin y al cabo, éste fue uno de los aspectos de la exclusión social que provocó el Movimiento de Liberación de la Mujer y que nos llevaría a teorizar sobre el género.

Cuando leí las pruebas no sabía que tenía un vínculo familiar con uno de los personajes masculinos que menciona Edward. Parece ser que William Turner, que fue ahorcado por participar en el levantamiento de Pentridge tras las guerras napoleónicas, era mi tatarabuelo. A menudo he deseado poder decirle a Edward que mi antepasado aparecía en su libro.

Dejé la universidad en 1964 y empecé a escribir una tesis sobre el Movimiento de Extensión Universitaria, que intentó atraer a estudiantes de clase trabajadora a las clases de educación de adultos en el periodo de 1870 a 1910. Edward me había dado una referencia, aunque lo consideraba un tema aburrido, y me dijo que leyera los trabajos de uno de los conferenciantes más interesantes, Edward Carpenter, de Sheffield. Así que me fui a leer sobre este extraordinario socialista que llevaba sandalias y barba y vivía la «vida sencilla» del campo. Carpenter defendía los derechos de los homosexuales, hacía campaña contra la contaminación, meditaba y asistía a sesiones espiritistas. Mi interés por él duró más que la tesis, que quedó inacabada^[21]. No obstante, hacer la tesis me introdujo en la historia social de finales del siglo XIX y principios del XX en profundidad, tanta profundidad que escribí tres veces más de la cuenta. Animada por Dorothy, había recopilado breves biografías de estudiantes de clase trabajadora, laboriosamente extraídas de periódicos locales e historias locales del movimiento cooperativo. Cuando Eric Hobsbawm, mi agudo supervisor analítico, me dijo que debía su-

primirlas, me afectó tanto que lloré, pero afortunadamente Eric no se dio cuenta. El espíritu thompsoniano simpatizaba más con la comprensión de las historias de vida.

A Dorothy y Edward les gustaba bastante mi tesis a pesar de que pensaban que muchos de los profesores eran un poco aburridos. Pero cuando hice mi primer libro, *Women, Resistance and Revolution*, que salió en 1972, llegó una carta muy crítica de Edward^[22] ¡más lágrimas! Me quedé perpleja y desolada. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que podían detectar una imposición ideológica que les resultaba familiar del tipo de marxismo que habían llegado a rechazar. El entusiasmo evangélico que despertaba el hecho de formar parte de un nuevo movimiento significaba que yo estaba presentando la historia como si marchara hacia el momento teleológico de iluminación del Movimiento de Liberación de la Mujer y culminara en él. Aunque las historiadoras feministas nos dimos cuenta poco a poco de que muchas de nuestras ideas ya se habían planteado antes y simplemente se habían olvidado, en aquellos primeros años sentíamos realmente que todos habían fracasado pero que ahí estábamos nosotros con la respuesta.

Éramos entusiastas, confiadas y arrogantes y ahora entiendo por qué Dorothy y Edward encontraban todo un poco irritante. Después de todo, ellos habían vivido los años 30, la Guerra, las esperanzas de una nueva Gran Bretaña a finales de los 40, la reacción de la derecha de principios de los 50 y luego el trauma del levantamiento reprimido en Hungría y las revelaciones de las atrocidades de Stalin en 1956. Pero cuando tenía veinte años este pasado relativamente reciente me resultaba remoto. Aún ahora, tengo que seguir recordándome a mí misma

21.- Sheila Rowbotham, *Edward Carpenter: A Life of Liberty and Love*, Londres, Verso, 2009.

22.- Sheila Rowbotham, *Women, Resistance, and Revolution: a history of women and revolution in the modern world*, Londres, Allen Lane, 1972.



Sheila Rowbotham entre otras participantes de la primera *Women's Liberation Conference*, Ruskin College, Oxford, febrero de 1970 (Foto de Sally Fraser, National Portrait Gallery).

que el tiempo es tan diferente cuando eres mayor, que incluso recuerdas su duración de forma distinta. Cuando conocí a Dorothy y Edward, incluso los seis años anteriores eran territorio desconocido; así que 1956, que estaba tan fresco en sus recuerdos, era para mí un acontecimiento lejano antes de ser consciente de la política. Recuerdo que me costaba comprender cuando Edward decía: «vuestra generación tiene muchas opciones».

El feminismo seguía siendo un tema delicado tanto para Dorothy como para Edward, y más tarde me enteraría de que Dorothy había escrito un artículo para la *New Left Review* a principios o mediados de los 60 en el que, basándose en su conocimiento de las mujeres de la clase trabajadora de Halifax, argumentaba que las ideas feministas de igualdad pasaban por alto la importancia del papel de la mujer en la familia, material y personalmente. El artículo fue rechazado por Perry Anderson, aunque

debió de estimular el debate en NLR, ya que *The Longest Revolution* de Juliet Mitchell se publicaría en 1966 y se convertiría en el primer artículo en anunciar el Movimiento de Liberación de la Mujer en Gran Bretaña^[23]. Dorothy estaba demasiado dolida y era demasiado orgullosa para darme a leer el manuscrito, pero Edward era ferozmente protector con ella y un día lo sacó y me lo dio.

Aunque al principio Dorothy era muy crítica con el feminismo, era muy perspicaz sobre la posición de la mujer y pasábamos muchas horas charlando. Una de sus observaciones, hecha antes de que empezaran a formarse los grupos de Liberación de la Mujer en 1969, fue reveladora. En los años sesenta, mi generación de jóvenes pensantes tenía a equiparar la emancipación con la escritora existencialista francesa Simone

23.- Juliet Mitchell, «Women: The Longest Revolution», *New Left Review*, 40 (Dic. 1966), [<http://marxists.org/subject/women/authors/mitchell-juliet/longest-revolution.htm>]

de Beauvoir^[24]. Recuerdo que a mí me preocupaba un poco que ella parecía despreciar cosas como los pijamas con volantes, pero aun así yo seguía pensando que el ideal era tener una relación con un tipo filósofo como Sartre y vivir en habitaciones de hotel separadas. La opinión de Dorothy de que esto no funcionaba demasiado bien si se tenían hijos era obvia para cualquiera que no tuviera veintipocos años y fuera bastante empollona. Ella señalaba que Simone de Beauvoir había evitado el dilema crucial de las mujeres, que era cómo equilibrar la independencia individual y el trabajo con la crianza de los hijos. Bueno, yo no tenía hijos a los veinte años, pero pensaba en ello y me preguntaba qué haría. Por lo tanto, conocer a los Thompson no sólo fue importante para mí desde el punto de vista político e intelectual, sino que también me mostraron una manera de crear una combinación de trabajo y familia diferente de lo que era habitual en aquella época. Recuerdo haber informado enérgicamente a dos jóvenes trotskistas que Edward hacía la mitad de las tareas domésticas. Por supuesto, el reparto no estaba tan claro, los escritos de Dorothy se dejaron a un lado durante mucho tiempo. Pero aun así contrastaba con la vida convencional en general.

Mi participación en el Movimiento de Liberación de la Mujer dio lugar a muchas discusiones^[25]. Al igual que muchos intelectuales de izquierdas que tomaron conciencia política después del movimiento sufragista, cuando el auge del fascismo era la principal preocupación, consideraban

24.- Simone de Beauvoir (1908–1986), la existencialista francesa, era la autora del influyente *The Second Sex* (1949). Su pareja era el filósofo J.P.Sartre.

25.- La primera Conferencia sobre la Liberación de las Mujeres en Gran Bretaña tuvo lugar en 1970, en el Ruskin College. Sobre los antecedentes ver Sheila Rowbotham, *Promise of a Dream: Remembering the Sixties*, Londres, Allen Lane, 2000.

que nuestra atención específica a las mujeres era degradante e innecesaria. Sostenían que lo importante era que se aceptara que las mujeres hablaban en un sentido universal como seres humanos. En segundo lugar, pensaban, aunque yo lo negaba rotundamente, que intentábamos imponer ideas basadas en nuestra propia limitada experiencia como mujeres jóvenes de clase media. En tercer lugar, Edward criticó la convicción predominante en los primeros días de la Liberación de la Mujer de que quienes habían experimentado la opresión estaban mejor preparadas para escribir sobre ella. Este concepto había estado vigente en el movimiento negro estadounidense y fue adoptado por uno de los primeros grupos estadounidenses de Liberación de la Mujer en Nueva York, que publicaron el artículo del socialista irlandés James Connolly en el que afirmaba: «Nadie está tan preparado para romper las cadenas como quien las lleva, nadie está tan bien preparado para decidir qué es un grillete»^[26]. Inicialmente parecía una idea democrática y liberadora. Y de hecho lo es, aunque necesita salvedades, ya que esta «política de la identidad» contenía implicaciones imprevistas. Podrían volverse en contra. Y así fue. Por ejemplo, en las librerías feministas se produjeron fuertes disputas sobre las políticas de libros sólo para mujeres, que implicaban que las obras de mujeres fascistas eran aceptables, mientras que los escritores masculinos que apoyaban el feminismo quedaban excluidos. Me di cuenta de que Dorothy y Edward tenían razón. En cuarto lugar, ambos habían sido influidos por un enfoque de la historia que rechazaba una perspectiva feminista del siglo XIX en la que las mujeres del pasa-

26.-James Connolly, *The Re-Conquest of Ireland*, Dublin: New Books, (1972 [1915]) [<http://www.marxists.org/archive/connolly/1915/rcoi/index.htm>] Connolly (1868-1916) fue ejecutado por los británicos por su participación en el Easter Rising/ Levantamiento de Pascua.



Los Thompson en la muralla china a principios de 1980 (Archivo personal de Frank Thompson).

do eran presentadas como simples víctimas indefensas. Sospechaban, erróneamente en mi opinión, que todos estábamos volviendo a esta presunción de progreso a partir de una noción indiferenciada de subordinación continua e inmutable al «patriarcado».

Cuando escribía *Hidden from History*, a principios de los años setenta, me llegaron dos fotocopias de Edward. Una era un artículo de 1890 del militante neosindicalista Tom Mann sobre el trabajo doméstico cooperativo y los hogares asociados^[27], y otra era «El trabajo de la mujer» de Mary Colliers, un gran poema de una lavandera, escrito en 1739, en respuesta a un trabajador agrícola, Stephen Duck, que había desestimado el trabajo de la mujer en su poema «El trabajo de la trilladora» (1730)^[28].

27.- Tom Mann, «Leisure for Workmen's Wives», *Halfpenny Short Cuts* (28 Junio de 1890), p.163.

28.- E.P. Thompson y Marian Sugden (eds.) Mary Collier «The Woman's Labour: An Epistle to Mr. Stephen Duck;

Ambos se alegraron cuando me interesé por el trabajo de la historiadora Alice Clark, una fabiana de la familia cuáquera Clark, que demostró la importante contribución económica de las mujeres en el siglo XVII como «compañeras de yugo» de los hombres^[29]. Recuerdo que se produjo un cambio en su actitud hacia mediados de los años

in ANSWER to his late Poem, called THE THRESHER'S LABOUR» (1739), Londres, Merlin Press, 1989, reimpreso en David Fairer y Christine Gerrard, editors, *Eighteenth-Century Poetry: An Annotated Anthology*, Oxford, Blackwell Publishing, 2004 (2ª ed.), pp. 268-273 [http://www.usask.ca/english/barbauld/related_texts/collier.html]. Stephen Duck, «The Thresher's Labour», (1730), en David Fairer y Christine Gerrard (eds), *Eighteenth-Century Poetry: An Annotated Anthology*, Oxford, Blackwell Publishing, 2004 (2ª ed), pp. 260-267

29.- Alice Clark, *Working Life of Women in the Seventeenth Century* (1919), Londres, Routledge, 1992 (3ª ed.). Sobre Alice Clark, historiadora fabiana y feminista de «primera ola». Ver Sandra Stanley Holton, «Alice Clark (1874–1934)» en el *Oxford Dictionary of National Biography* [<http://www.oxforddnb.com/view/printable/38517>].

setenta, cuando conocieron y admiraron a las feministas socialistas de la India. Con el paso de las décadas, o cambiaron ellos o cambié yo, porque poco a poco pareció gustarles lo que escribía.

Penny Corfield, en su ponencia para la Conferencia sobre Materialismo Histórico de 2012, describe a Dorothy como el contrapunto curioso a los fuegos artificiales de Edward^[30]. Yo diría que en mi experiencia ¡esta no era la historia completa! Edward y Dorothy solían sonreír sobre cómo, cuando estaban en el Partido Comunista, Edward era tachado de soñador, mientras que Dorothy era reconocida como la política dura que podía dirigir los comités. Y ciertos detonantes despertaban en Dorothy una furia formidable. A principios de los setenta les llevé de visita a David Widgery, que era miembro de Socialismo Internacional (ahora Partido Socialista de los Trabajadores)^[31]. También era estudiante de medicina y creo que probablemente había aprendido a tratar con cierta condescendencia a las pacientes mayores. En respuesta a un comentario de Dorothy, David le reprochó: «Seguramente, Dorothy, como marxista...». Fue un mal movimiento; Dorothy tenía un vasito en la mano y lo hizo girar con precisión. Pobre David, le dio de lleno en el ojo. La conversación se detuvo y no recuerdo qué ocurrió inmediatamente después. Años más tarde, Dorothy me dijo: «Edward pensó que fui un poco dura con «Widge». Así que a veces era Dorothy la que se encargaba de los fuegos artificiales.

30.- Penelope J. Corfield, «Dorothy Thompson and the Thompsonian Project», ponencia leída en la Octava Conferencia Anual sobre Materialismo Histórico, en la Escuela de Estudios Africanos y Orientales de la Universidad de Londres en octubre de 2011 [<http://www.penelopejcorfield.co.uk/what-is-history.htm>, as Pdf/19].

31.- David Widgery ejerció de médico de cabecera en el este de Londres y escribió numerosos libros y artículos sobre medicina, música rock y política de izquierdas. Militó en el SWP hasta su muerte en 1992.

Al recordar las amistades y su influencia en la vida de una, gran parte de lo que se asimila es a través de la conversación, las anécdotas, las bromas o el ejemplo. Es el tipo de conocimiento implícito que desafía la crónica coherente. Me sentí atraída por Edward y Dorothy no sólo por sus ideas y su erudición, sino también por su humor irreverente. Recuerdo que, cuando aún no había terminado la carrera, me sorprendió verlos reírse de dos sociólogos que habían criticado a Edward por criticar la familia nuclear. En su ensayo de *New Left*, «Outside the Whale», había observado: «La costumbre, la ley, la monarquía, la Iglesia, el Estado, la familia... todo volvía a la mente». Todos eran índices del bien supremo: la estabilidad. Había nacido una nueva sociología del ajuste. Esa cualidad mercurial, la pasión humana, debía «fijarse» de algún modo en una solución de inmovilidad social; incluso las relaciones personales pasaron a verse como «pautas de comportamiento» dentro de las «instituciones»^[32]. Entonces, se rio Edward, estos dos defensores de la familia nuclear se fueron cada uno con la mujer del otro. En una marcha contra las bases estadounidenses a principios de los ochenta, recuerdo que marchaba al lado de Edward cuando, detrás de nosotros, se oyó el grito de «¡Yanquis fuera! ¡Yanquis fuera!». Rápido como un rayo, Edward, que al fin y al cabo era medio estadounidense, giró la cabeza hacia atrás y gritó: «¿Dónde está tu análisis de clase?». Todos rieron y el nacionalismo británico quedó aplastado. Hace unos años, cuando Dorothy me hablaba de cómo estar en el PC les hacía despreciar a otros socialistas, de repente se lanzó a cantar una hilarante canción sectaria sobre el Partido Laborista Independiente. Los Thompson me animaron a reírme de lo que

32.- E.P.Thompson, «Outside the Whale» en Id., *The Poverty of Theory*, p. 23.

es serio porque, cuando formas parte de la izquierda, estás en permanente oposición. En consecuencia, hay que encontrar la manera de evitar la amargura que se puede endurecer hasta convertirse en una rectitud inflexible, así como la fortaleza para mantener tus creencias. El humor sostiene.

Tanto Dorothy como Edward conectaron el compromiso político con la erudición histórica, ambos buscaron una política que respetara la solidaridad junto con los derechos de los individuos. Esta combinación es absolutamente crucial para nosotros hoy y necesitamos transmitirla al futuro. Es muy importante que se celebre este acto anual y que la gente recuerde su legado.

En cuanto a mantener la memoria, Edward me dijo una vez que había conocido

a una mujer muy mayor que se había sentado en las rodillas de Henry Hunt, radical de principios del siglo XIX, cuando era una niña; «así que ahora todos vosotros, incluidos los más jóvenes, habéis conocido a una mujer que conoció a un hombre que conoció a una mujer que se sentó en las rodillas de Henry Hunt».^[33]

Y tenemos nuestras instrucciones de la Sociedad Correspondiente, inspiradas en la Revolución Francesa de la década de 1790:

«Estáis luchando con los Enemigos de la Raza humana, no solo por vosotros mismos, pues puede que no veáis el pleno Día de la Libertad, sino por el Niño que se agarra a su Pecho»^[34].

33.- Henry «Orator» Hunt (1773–1835) fue un orador radical, defensor de la reforma parlamentaria.

34.- E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, p.17. La cita es de las Instrucciones de la London Corresponding Society a sus delegados itinerantes, escritas en 1796. The London Corresponding Society fue fundada en 1792 para luchar por el sufragio universal.